



Un robo, un ascensor y un apagón total. Este es el que paralizó el país. El novelista Solo, que ha publicado cortas con un título muy largo, llega a HARPER'S

Por JUAN SOLO

Eva miró de reojo a la chica que bajaba con ella en el ascensor. La había visto hablando con Rita, la jefa de personal. Si creía que había encontrado un lugar donde iban a valorar su trabajo, no podía estar más equivocada.

Se abrieron las puertas en la quinta planta y entró un hombre de aspecto tosco que dio los buenos días y se recostó en la pared del fondo mientras se secaba el sudor de la frente con la mano. Eva temió que fuera policía. Desechó la idea por absurda y se obligó a tranquilizarse.

Se cerraron las puertas y el ascensor reemprendió la marcha. Tras unos segundos, se detuvo con una sacudida brusca. Aunque se quedaron a oscuras, las luces de emergencia, pálidas y mortecinas, se activaron casi de inmediato.

—Se ha ido la corriente —anunció el hombre como si no hubiera quedado claro.

—El ascensor no puede caerse, ¿verdad? —preguntó la joven.

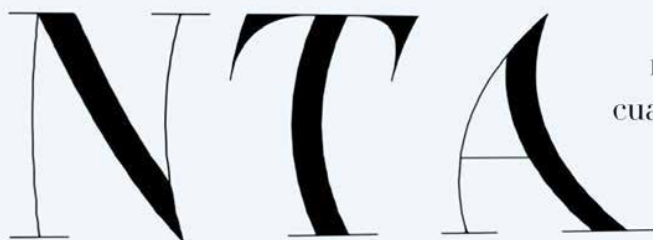
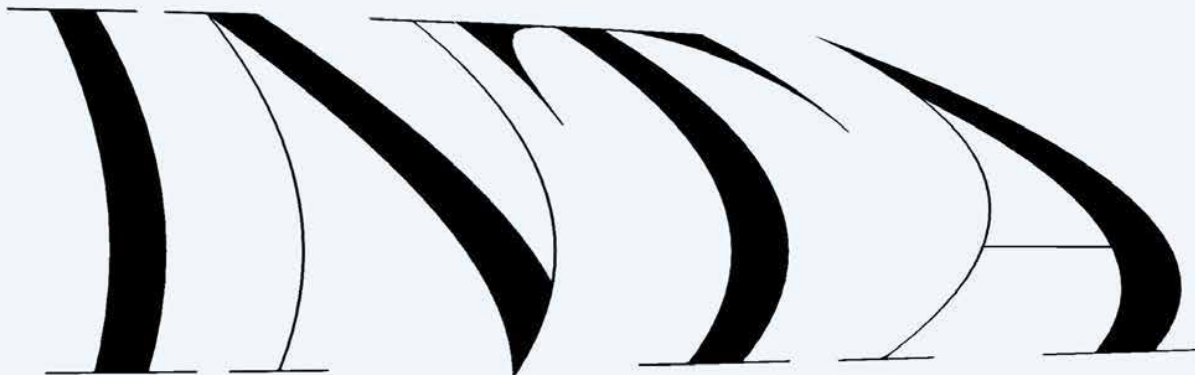
—No, tú tranquila que no va a pasar nada. Será cosa de un par de minutos.

Eva maldijo su mala suerte; debería haber bajado por las escaleras. Ojalá el hombre sudoroso tuviera razón; tenía que salir del edificio antes de que echaran en falta las pólizas. De manera instintiva, apretó contra su pecho el portafolios con los documentos que había sustraído.

El hombre pulsó el timbre de emergencia y la joven, espoleada por el sonido de la campana, comenzó a gritar pidiendo auxilio.

—¡Estate quieta! —le ordenó Eva, que no deseaba atraer la atención—. Tenemos que ahorrar oxígeno.

Instantes después, una voz les llegó desde la planta superior.



relato ficcionado (¿o no?) de una desconexión
cuatro novelas y la colección de relatos 'Nueve historias
BAZAAR para dar luz al momento más oscuro.

—Soy el conserje; parece que se ha ido la luz en toda España.

A Eva le pareció un disparate. Algo imposible. Comprobó que su móvil no tenía cobertura. La chica tampoco fue capaz de hablar con su madre; su operador de telefonía no daba señal.

—Pinta a ciberataque —dijo el hombre con serenidad, mientras se sentaba en el suelo—. Esto se veía venir.

Eva no soportaba a los conspiranoicos; buscaban explicaciones fantasiosas a cualquier problema con tal de escapar de la realidad.

—¡Se han quedado atrapados entre dos plantas! —les informó el conserje—. Vamos a avisar a los bomberos.

—¡Déjalo, Álvaro! —dijo Eva, para sorpresa de los otros dos—. Esto no es una emergencia.

Veinte minutos después, los tres se habían sentado en el suelo de la cabina. El hombre y la muchacha comenzaron a hablar entre ellos animadamente, para desesperación de Eva.

Dos horas después, llegaron los bomberos. Forzaron las puertas de la quinta planta y accedieron al techo del ascensor, abrieron la trampilla desde el exterior y fueron sacándolos de la cabina, uno a uno.

En el descansillo de la quinta planta, Claudia, jefa de Eva, la estaba esperando acompañada por dos guardias de seguridad. Era evidente que habían descubierto el robo. Eva agachó la cabeza y les entregó el portafolios. De todas las personas atrapadas por aquel apagón, ella era la única que habría deseado no ser rescatada jamás. ■